EL DEFENSOR DE GRANADA

DIARIO INDEPENDIENTE

Este periódico publica con absoluta independencia de todo partido político, las cuestiones de palpitante interés, dejando constantemente al derecho, la moralidad y la justicia. Queremos sinceridad en las elecciones, leyes administrativas duraderas y simplificadas, empleados responsables y propietarios de sus destinos por oposición o concurso, presupuestos nivelados, contribuciones proporcionadas al rendimiento de la propiedad y de la industria. Todos los errores, todos los abusos, todas las arbitrariedades, todas las tiranías, todos los egoísmos y todos los engaños, vengan de donde vinieren son combatidos razonada y energicamente.

Este periódico publica con preferencia su atención a la cultura popular. La prensa del comercio, de la industria, de la agricultura y de las artes, ofrece el bien ser, progreso y desarrollo de los pueblos; no escasa medida ni ningún sacrificio por servir a la patria y especialmente a sus lectores, que se consagra muy especialmente a la defensa de los intereses de Granada y su provincia; y se hace cargo de todas aquellas justas que se le dirigen. La Redacción no es solidaria de los artículos que publican con la firma o iniciales de sus autores. No se devuelven los originales artículos y comunicados que no nos envíen, aunque no se les dé publicidad en el período.

SUSCRIPCIONES

En Granada, un mes.	175 psts.
En el resto de la Península, Baleares y posesiones españolas del N. y O. de Africa, un trimestre, (pago anticipado).	6 >
En las posesiones españolas de América, un semestre, (pago anticipado).	17.50 >
En el extranjero, un semestre. (Pago anticipado).	30 >
En las posesiones españolas de Occidente un semestre (id. id.).	30 >

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR,
LUIS SECO DE LUCENA.

Oficina e Imprenta: Calle de Buenavista, 6.
EJEMPLARES QUE SE VENDEN: del día 10 céntim.; del mes corriente, 25; de meses anteriores, 1 peseta.

ANUNCIOS

ANUNCIOS.—Tarifa: 5 céntim. de peseta línea en la 4.ª plana. 25 céntim. línea en la 3.ª-50 céntim., después de la Miscelánea.—1 pta. en la 1.ª (pago anticipado)
ESQUELAS MORTUORIAS.—Tarifa: 4 pesetas cada inserción a una columna de la 4.ª plana.—8 en la 3.ª—40 en la 1.ª (pago anticipado).
COMUNICACIONES.—Tarifa: De 1 a 50 pesetas línea, a juicio del Director (Pago anticipado).

Ecos de viaje.

San Juan de Luz.

Ni un rumor político, ni siquiera un mal cabo suelto de conspiración, ni la más insignificante aventura... aquí no pasa nada! ¿Cómo hablar de una población tan tranquila, tan sosegada, tan pacífica... tan insulsa, no es verdad?

Comparando la animada y aristocrática Biarritz la populosa, alegre, bulliciosa y zporqué no decirlo? la encantadora San Sebastián, con San Juan de Luz resulta esta apacible población poco más que una Tebaida.

Allí la luz espléndida, aquí la sombra; cuando más la penumbra sili la vida, a esgaps el movimiento, a veces el delirio; aquí la vida al paso, la quietud, el reposo y a veces la meditación.

El tiempo vuela allí afrecciendo a todas horas nuevos y seductores atractivos; aquí se arrastra pereoso llevándose en sus alas muchos bostezos de los aburridos, y algún que otro suspiro de los desengañados.

Y sin embargo tiene San Juan de Luz un encanto indefinible!

Inmediata a la frontera; la villa, siempre limpia y compuesta, pero más aldeana que señora; aunque también tiene sus infusas de tal; mod-sta, sencilla, afable, parece sonreír al forastero y ofrecerle como la mujer casera las comodidades de la vida de la familia.

Reune innumerables bellezas; pero no se dá tono, no se engrie, hasta parece pedir perdón por ser tan agraciada.

A un lado las montañas, dominando verdes praderas, arboledas frondosas y casitas blancas que semejan palomas dormidas sobre césped; al otro el mar, una anchurosa playa que las rizadas olas acarician; en un extremo de ella el fuerte de Socoa, en el opuesto Santa Bárbara. La población se agrupa en este marco, el hotel no desdeña a la casita, el lujo y la opulencia se codean con la pobreza y la mediana. Todo limpio, aseado y en medio de un silencio que solo alteran la campana de la iglesia, que cuchichea con los fieles de cuando en cuando, el ruido de los cascajeles del carruaje que atraviesa al galope las calles, los gritos de las vendedoras de pescado, el sonido de la trompeta del pregonero que es el periódico viviente, con su parte oficial, sus gacetas y anuncios; el caramillo del pastor que conduce las cabras a las puertas de las viviendas, y el continuo pjar de las golondrinas que revolotean por el aire y dan brinquetes por la calzada ó se posan en el alfilerar de las ventanas, seguras de que ni aun los traviesos muchachos han de mermar su libertad.

Ni una voz más alta que otra, ni una niña, ni una palabra mal sonante. El forastero encuentra en todas partes respeto, consideración, rostros que acusan simpatías, sonrisas de satisfacción, deseos de agradar, de complacer.

Hay hoteles, que nada tienen que envidiar a los de las capitales más populosas, hay chalets ó villas amueblados, que reúnen a la comodidad y el lujo, hay casas, casi todas las del pueblo, que con todo cuanto puede necesitarse, incluso el servicio de cama y mesa, se alquilan a precios muy módicos, de tal suerte, que una familia por numerosas que sea, por acostumbrada que esté a las comodidades y hasta a los perfules del confort, apenas llega puede instalarse como en su propio domicilio.

Así es, que de tiempo inmemorial frecuentan esta villa los que prefieren a la agitación una apacible tranquilidad, los que sin gastar sumas fabulosas a cambio de animadas y divertidas distracciones, desean vivir bien aunque sean en los brazos de una monotonía reparadora de las fuerzas físicas.

Hay dos magníficos casinos, un establecimiento de baños como los mejores de su clase, un kiosko en la plaza de Luis XIV, en donde los jueves y los domingos toca la banda de la población escogidas piezas. Los carreretes que conducen a Urougue ó a Bidart Guetys son amenos paseos, pueden hacerse interesantes excursiones a Ascain, Olette, Sarr Aina, nada más pintoresco que la subida a la montaña de la Rhm cuya vertiente opuesta pertenece a Navarra.

Los martes y los viernes, hay mercado abundante. No faltan cafés donde saborear exquisitos helados, ni pastelerías donde el arte de Belet-Saverin nada deja que desear, en las mesas redondas de los hoteles suelen ser las comidas verdaderos festines. Carruajes de todos géneros, desde el ligero panier hasta el aristocrático landó, a precios no muy caros, aguardan a todas horas órdenes y se hacen cabalgatas en borriquitos tan monos y tan bien enjaezados, que parecen más que de carne y hueso de biscuit modelados por humorístico y elegante escultor.

La playa reúne por la mañana a los bañistas; allí cambian saludos los que se conocen; pero por regla general los caballeros tienen el buen gusto de no hablar de política y las señoras que han de hacer? murmuran un poco de las domésticas, las pollas y los pollos dicen que se aburren, pero las mamás aseguran que aquí viven en la gloria.

De doce a una dispersión general, cada perla—lo digo por las damas—se meten en su concha, algunos caballeros van al Suizo, al casino de la playa, toman café y entonces es cuando politiquen, pero poco y como para hacer la digestion. Por la tarde cada familia toma su dirección; algunas se reúnen; pocas, hay mucha libertad, poco trato; terminado el paseo unos van a comer, otros a cenar, muy pocos acuden al casino donde bailan los niños y a veces los jóvenes. La mayoría de los forasteros se acuestan a las diez; pero con tanta; porque eso sí de día la temperatura es agradable, por la noche hace un fresco con todo el aspecto de frío.

¿Puede darse mayor beatitud, por no decir vulgaridad?

San Juan de Luz ha creído algun tiempo que llegaría a ser un Biarritz, y para conseguirlo fabricó hoteles, villas, casas bonitas. Estableció los dos casinos y hasta sus habitantes se cotizaron para costear fiestas y dar nuevos atractivos a la población.

Error ha sido este que a algunos ha costado caro. San Juan de Luz será el buen retiro de los que buscan la paz del alma, el reposo del cuerpo, y lo que la naturaleza no puede dar en las grandes poblaciones.

No es la mujer hermosa a quien todo sonríe y que sonríe a todos, envidiada y favorecida con las adulaciones y los agasajos de los que son felices, ó por lo menos creen serlo: es la honrada, vulgar y cariñosa madre que siempre tiene para los hijos pródigos los brazos abiertos, la bland y limpia cama y la alacena bien provista de lo que sabe a gloria a los estómagos estragados.

26 de julio 1887.

JULIO NOMBELA.

Miscelánea.

La cuestion de los alcoholes. El ministro de la Gobernacion, contestando a una consulta hecha por el Ayuntamiento de Madrid, sobre la venta de vinos y aguardientes confeccionados con alcohol anilico, ha dictado una real orden, cuya parte dispositiva dispone:

1.º Que toda clase de líquidos ó bebidas que, expendiéndose con el nombre de vino, no estuviera compuesto de zumo de uva ó tuviera tan escasa cantidad que en ella predominase el alcohol, y del análisis resultare que las proporciones de aquél exceden a las que por regla general usa la industria para el encebado de los vinos, cae bajo las prescripciones del Código penal y procede la aplicación del mismo y de las ordenanzas municipales, tanto para los autores de la falsificación y los expendedores, como para el comiso de los géneros adulterados.

2.º Que igual disposicion es aplicable a los aguardientes y espíritus cuando por la nomenclatura y designación que se les dá se pueda producir engaño é inclinando al consumidor a considerar como artículos salubres los que no tengan las condiciones de estos géneros.

3.º Que aun cuando esto no suceda, siempre que por el resultado del análisis se pruebe que el alcohol empleado en los géneros, cualquiera que sea su origen, es de tal calidad y en tales proporciones que el artículo puesto a la venta, resulte nocivo a la salud, lo cual acontece siempre que el alcohol empleado en la fabricación de los aguardientes carece del grado de refinación suficiente para separar de él las materias impuras, que son la causa de sus efectos tóxicos, dichas bebidas, así fabricadas y expuestas, caen bajo las prescripciones de la real orden de 1860.

4.º Que las disposiciones de la referida orden, que a continuación se reproducen, son más que suficientes para contener los fraudes y castigar a sus perpetradores, dando al consumidor aquellas garantías de salubridad y de pureza en los géneros a que tiene derecho el público, y como además se señalan en ella los procedimientos y firmas con las cuales se debe verificar la inspeccion, bastará que el Ayuntamiento las amplie y desarrolle para llevar a cabo la mision que le está confiada en los extremos que comprende la consulta.

5.º Que independiente de estas disposiciones corresponden a los ayuntamientos, por la vigente ley municipal, la facultad de dictar medidas de policía ó ampliar sus Ordenanzas municipales para velar por la salubridad é higiene del vecindario, y que a este fin podrian, entre otras disposiciones, adoptar las de publicar en el *Diario oficial* los nombres de los que contravengan a las reglas de higiene, ó sean castigados por la adulteración de las sustancias que expandan, y la de exigir, como previene la referida real orden de 1860, que los géneros lleven en los envases las indicaciones necesarias para que pueda apreciar el público los elementos que entran en su composicion, y tratándose de aguardientes, el grado de refinación del alcohol en ellos empleado, por cuyos medios puede el ayuntamiento remediar sobradamente, si con actividad y energía los pone en práctica, los males que la opinion señala en la alimentacion de Madrid.

Téngalo presente el señor Alcalde de Granada, pues la circular reza con todos los ayuntamientos de la península.

Lo sentimos. Nuestro colega *La Lealtad*, en su número de ayer, participa a sus lectores que cesa en su publicacion.

La Lealtad era el periódico más antiguo de Granada y, durante la dirección de nuestro estimado compañero el Sr. Cobos, siempre nos unieron a él las más cordiales relaciones de afecto, por lo cual sentimos sinceramente su desaparicion del estadio de la prensa granadina.

No viene el Duque. Según leemos en *El Mediodía*, de Málaga, el día 29 de julio a las seis de la mañana, se hizo a la mar, con rumbo a Poniente, la escuadra inglesa comandada por S. A. el duque de Edinburgo. En el puerto quedó fondeado el más pequeño de los dos avisos.

Las vacaciones escolares. En virtud de la nueva ley estableciendo las vaca-

ciones en las escuelas públicas, ya se encuentran cerradas las de esta ciudad, cuyas clases no volverán a reanudarse hasta el 5 de setiembre.

Segun se determina en la indicada ley, durante el tiempo destinado a vacaciones, se celebrarán en cada provincia conferencias y reuniones encaminadas a favorecer la cultura general y profesional de maestros y maestras cuya medida nos parece muy oportuna.

Billetes de Banco. El Banco de España ha puesto en circulacion unos nuevos billetes de 50 pesetas que llevan estampada la efigie de Bravo Murillo.

El arancel de os alcoholes. La Asociacion general de Agricultores ha dirigido al señor ministro de Hacienda una Exposicion pidiendo que, respetando los derechos actuales de los licores, aguardientes y bebidas alcohólicas, se añada el epigrafe *alcohol* al arancel cobrando 100 pesetas por hectólitro introducido hasta 30 de noviembre próximo, fecha para la cual habrá de elevarse hasta poder suprimir el impuesto de consumos y aliviar el gravámen de la contribucion territorial.

Ingenieros de minas. Por el ministerio de Fomento se ha dictado una real orden, modificando el reglamento orgánico del cuerpo de ingenieros de minas, de 30 de abril de 1886, en varios de sus artículos.

Falta de agua. Los vecinos de la plaza de Gracia se quejan de la carencia absoluta de agua en que se hallan hace más de dos meses, por no correr el pilar público de que aquellos se surten.

A los estudiantes. Por el ministerio de Fomento se ha expedido una real orden concediendo exámen en octubre próximo a los alumnos a quienes solo falte aprobar una asignatura para aspirar al título universitario ó profesional.

De baños. Según leemos en *La Union Mercantil* de Málaga, son muchas las familias granadinas que han acudido a aquella capital para tomar baños; pero para cuando mayor número de familias se espera es para el 14 y 15 de este mes, pues hay pedido gran número de habitaciones.

El servicio de bagajes. Habiendo quedado desierta la subasta del servicio de bagajes para el corriente año económico, la Comision provincial ha acordado anunciar nuevo remate, que se verificará el día 10 del corriente mes.

Efemeride.

1.º de Agosto de 1275.

MUERE EL INFANTE D. FERNANDO, HIJO DE ALFONSO X.—Primer hijo de Alfonso X y de D.ª Violante fué D. Fernando de la Cerda, llamado así por haber nacido con un largo cabello en el pecho. Casó con la princesa D.ª Blanca hija de San Luis, Rey de Francia, acto que tuvo lugar en la catedral de Burgos. Regentó con a ierto el trono de Castilla interin Alfonso X llevó a cabo su expedicion a Italia con objeto de que el papa le confiriere la corona imperial de Alemania. Habiéndose renovado por esta época la guerra entre Castilla y los moros granadinos y hallándose el trono sin recursos suficientes para emprender la campaña, hizo un llamamiento general al emprender el viaje con las tropas, tuvo la desgracia de sucumbir en Ciudad-Real víctima de una repentina enfermedad. Instituyó a sus hijos por herederos de los derechos que en su día pudieran corresponderle, pero como las leyes que entonces regian no determinaban explícitamente el orden de sucesion, Alfonso X tuvo a bien declarar por heredero a su segund gérito D. Sancho. De aquí surgieron graves cuestiones y luchas entre los partidarios de unos y otros comenzando por doña Violante que tomó el partido de fuga se a Aragon con su nuera y los infantes de la Cerda.

Cámara de comercio.

Anoche se reunió bajo la presidencia del Marqués de Dilar y con asistencia de los señores Auriolos, Alhama, Arteaga, Herreros, Jimenez Laserna (don José), Herrera Lopez, Muñoz (don Jerónimo), Barrecheguren, Cabezon, Gonzalez Alba, Lobera y Seco de Lucena.

El secretario Sr. Barrecheguren dió lectura del acta anterior, que fué aprobada.

El Presidente se ocupa del proyecto de obra de reconstruccion del embovedado y lee una carta que le ha escrito el Director general de Obras públicas diciendo que por el Negociado correspondiente se tramita el pro-

yecto remitido por el Sr. Rute y solo se espera el informe de la Junta Consultiva de Caminos, Canales y Puertos. El señor Presidente manifestó que en el acta habia escrito a los Sres. Navarro Rodrigo y Gallego Diaz, insistiendo en nuestras reclamaciones a fin de que se resuelvan algunas dificultades que parecen entorpecer la marcha y lo pronta y feliz resolucion del asunto.

Dá cuenta de las gestiones practicadas para el nombramiento de abogado y procurador de la Cámara, y dice que la actitud de los señores Angulo y Martinez no puede ser más desprendida.—Los Sres. Arteaga y Alhama sostienen que dichos funcionarios deben estar retribuidos.—El Secretario lee una exposicion, en la cual los citados señores ofrecen sus servicios a la Corporacion, diciendo que "en tanto se acuerda la retribucion que hayan de percibir, en bien de la Cámara la cederán en todo ó en parte a favor de la misma, si el estado de fondos no permitiese alguna vez satisfacerla." Esta proposicion fué aprobada, quedando nombrados abogado y procurador respectivamente de la Cámara, los Sres. Angulo y Martinez.

El Presidente dá cuenta de las gestiones que ha hecho para la adquisicion ó arriendo de un local donde la Cámara celebre sus juntas. Este asunto aún no ha quedado resuelto.

Se acuerda pedir al Gobierno como lo hace la Cámara de Vigo, franquicia telegráfica para estas corporaciones en los asuntos oficiales.

Se dá cuenta de los telegramas que se han cruzado entre el Presidente de la Cámara y el ministro de Estado acerca de la cuestion de los alcoholes. Se lee una exposicion de la Cámara de Comercio de Lérida sobre el mismo asunto.

Los señores Presidente, Alhama, Arteaga, Muñoz, Jimenez Laserna y Gonzalez Alba presentan veintitres socios a los que se dá ingreso en la Corporacion.

El señor Presidente manifiesta que habiéndole oficiado el Gobernador pidiéndole, en nombre del gobierno, antecedentes acerca de la produccion de alcohol y de vino de la provincia, le habia remitido los siguientes datos: "La Vega y los términos limítrofes producen dos millones de arrobas de vino.—En los encaezamientos, al 2 por 100, se emplean 40000 arrobas de alcohol.—En los aguardientes y usos industriales 70000.—La produccion de vino en toda la provincia asciende a seis millones de arrobas."

El Sr. Auriolos, en nombre de los fabricantes de alcohol de la provincia, dá las gracias a la Cámara por sus eficaces gestiones en el asunto de los alcoholes alemanes que tan justamente preocupa la atencion pública. Aduce patrióticos razonamientos en sentido proteccionista.—Los señores Alhama, Arteaga, Cabezon, Barrecheguren y Seco de Lucena intervienen en el debate. Se acuerda dirigir a las Cámaras y al Comercio y la Industria una escitacion a fin de que no favorezcan con sus pedidos a la industria y comercio alemanes que, con sus importaciones están arruinándonos.—Esta escitacion la redactarán los señores marqués de Dilar, Auriolos y Barrecheguren.

Se acuerda aumentar hasta 125 pesetas el sueldo del auxiliar de la secretaria de la Cámara D. Tomás Blanes.

Se dá lectura de varias comunicaciones y se adoptan otros acuerdos menos importantes, levantándose la sesion.

Cartas a «El Defensor»

Desde Madrid.

30 de julio de 1887.

No se oye ni una sola palabra que dé material para un buen párrafo de amena correspondencia. Alcoholes y orden público, hé ahí de lo que más se oye hablar. La real orden de Moret que hoy publica la *Gaceta*, aprobando lo hecho por los tenientes de alcalde de Madrid y recomiendo la persecucion de bebidas nocivas y cumplimiento de otra real orden de 23 de febrero de 1860 ha sido recibida con diverso criterio por la opinion. Unos la encuentran muy bien y por ello felicitan al gobierno; otros afirman que nada significa, ni nada resuelve, y por fin otros adelantan que es una intrusion del poder público en negocios que no son de su incumbencia. Hay, como siempre, criterios para todos los gustos. En estos momentos están reunidos en el círculo

Lunes 1.º de Agosto de 1887.

SUMARIO.—El requiem del cuervo, por E. Kmann. Ch. L. n.—Una juerga, por S. R. u. d.—La Coronada, por E. u. r. a. d. Palacio.—El poeta en el siglo XIX, por M. n. u. R. ina.

El requiem del cuervo.

MI tío Zacarías es el original más curioso que he encontrado en mi vida. Figúrate un hombre pequeño, gordo, gordiñón, de tez rubicunda, de nariz porrona y pelo completamente; llevaba grandes gafas de cristal redondo y un gorro de seda negra que no le cubría más que la coronilla.

Era muy amigo de bromas, incluyendo en esta el *joanisberg*; pero lo que prefería a todo era la música. Zacarías Müller había nacido músico por la gracia de Dios, como otros nacieron franceses o rusos: tocaba todos los instrumentos con una facilidad maravillosa. No se podía comprender, viendo su aire de ingenuidad, que tan buen humor y tanto estro pudieran animar á semejante personaje.

Así hizo Dios al ruiseñor, goloso, alegre y canoro; mi tío era ruiseñor.

Se le convidaba á todas las bodas, á todos los bautizos, á todos los entierros, á todas las fiestas.

—Señor Zacarías, le decían, necesitamos un *hopser*, una *aleluja*, un *requiem* para tal día.

Y el contestaba simplemente:

—Estará.

Y ponía manos á la obra, silbando y fumando delante de su pupitre; y derramando una lluvia de notas en su papel, llevaba el compás con el pie izquierdo.

El tío Zacarías y yo vivíamos en una casa vieja de la calle de *Minnesingers* en Bingen; él habitaba el cuarto bajo, verdadero almacén de muebles viejos é instrumentos de música; yo ocupaba un aposento del principal, quedando deshabitadas las demás piezas de la casa.

Frente por frente de nuestra casa vivía el doctor Haselnoss. Por la noche, cuando estaba á oscuras en mi habitación y las ventanas del doctor se iluminaban, me parecía, á fuerza de mirar, que su quinqué se adelantaba hasta tocarme en los ojos; y veía al mismo tiempo la sombra del doctor agitándose en la pared de una manera extraña, con su cabeza de ratón cubierta con un tricorno, su cola moviéndose á uno y otro lado, su levita de grandes faldones y su escualida persona en los zancos de sus delgadas piernas. Distinguía también en las profundidades de su habitación, vasos llenos de animales raros, piedras relucientes, y de perfil, el lomo de sus libros, puestas en orden de batalla en las tablas de su biblioteca.

El doctor Haselnoss era, después de mi tío, el personaje más original de la ciudad. Su sirvienta Orchel se jactaba de no hacer la colada sino cada seis meses, y yo lo creía sin esfuerzo, porque las camisas del doctor estaban llenas de manchas amarillas, lo que probaba la cantidad de ropa blanca encerrada en los armarios. Pero la particularidad más interesante del carácter del doctor, es que del perro ó gato que entraba en su casa, no se volvía á ver el pelo. Dios sabe lo que hacía con ellos. La voz pública le acusaba de llevar en su bolsillo los posteros un pedazo de tocino para atraer á estos pobres animales; así cuando salía por la mañana á visitar á sus enfermos y pasaba á trote corto por delante de nuestra casa, no podía yo menos de considerar con terror aquellos faldones flotantes á derecha é izquierda.

Tales son las más vivas impresiones de mi infancia; pero lo que más me encanta en estos lejanos recuerdos, lo que por encima de todo resalta en mi espíritu cuando recuerdo á Bingen, es el cuervo Hans revoloteando por las calles, pillando lo que estaba descurtido en la mesa del carnicero, cogiendo al vuelo todos los papeles, penetrando en las casas y divirtiéndose á las gaitas que llamaban Hans por aquí, Hans por allá.

¡Singular animal verdaderamente! Un día hubo de entrar en el pueblo con un ala rota: el doctor Haselnoss le compuso su ala, y todo el pueblo lo adoptó: quien le daba carne, quien queso y otras golosinas. Hans pertenecía á todo el pueblo y estaba bajo la protección de la fé pública.

¡Cuánto quería yo al dichoso cuervo, apesar de sus picotazos! Aún me parece que le veo saltar por encima de la nieve, volver ligeramente la cabeza y mirar de reojo con aire burlon. Se nos caía algo del bolsillo, una moneda, una llave, cualquier cosa; Hans se apoderaba de ello, y lo llevaba al tejado de la iglesia, donde había establecido su almacén y guardaba el fruto de sus rapinas, porque Hans era, por desgracia, un pájaro ladrón.

Pero mi tío Zacarías no podía sufrir al tal

pajarraco, y trataba de imbéciles á los habitantes de Bingen, porque lo tenían en tan gran estimación.

Ahora bien; una hermosa tarde de octubre el tío Zacarías estaba al parecer más alegre que de costumbre; no había visto al cuervo en todo el día. Las ventanas estaban abiertas y el sol penetraba en la estancia. El tío Zacarías, repantigado en su amplia butaca, fumaba tranquilamente, y yo lo miraba procurando inquirir la causa de su íntima satisfacción.

—Querido Tobias, me dijo lanzando al techo una larga espiral de humo, no podrías creer cuán dulce quietud siento en este instante. Hace muchos años que no me he sentido tan dispuesto como ahora á emprender una gran obra por el estilo de la *Creación* de Haynd. Parece que el cielo se abre á mis ojos y que oigo á los ángeles y serafines entonar himnos celestiales; hasta podría notar todas sus voces. ¡Oh! ¡Qué bella composición! Si pudiera oír el bajo de los doce apóstoles... ¡Oh! es cosa magnífica... magnífica, el soprano de Rafael hienra las nubes; creyérase la trompeta del juicio final. Los ángeles baten las alas riendo y las santas lloran de una manera verdaderamente armoniosa ¡silencio! Hé aquí el *Veni Creator*: el bajo colossal avanza... la tierra se estruende... Dios va á aparecer.

Y el bueno de mi tío inclinaba la cabeza y parecía que escuchaba con toda su alma, á la vez que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Bene Rafael, bene! murmuraba.

Pero cuando más arrobado estaba, cuando sus ojos, sus labios, todo su semblante y su actitud expresaban un rapto divino, he aquí que el cuervo Hans abate su vuelo y viene de repente á pararse á nuestra ventana, dando al mismo tiempo un graznido penetrante. Mi tío palideció, miró con espantados ojos á la ventana y se quedó con la boca abierta y la mano extendida en la actitud de estupefacción.

El cuervo se había posado en el travesaño de la ventana, y creo no haber visto nunca expresión más burlesca: su pico se volvía ligeramente de través y sus ojos brillaban como perlas. Dió luego otro irónico graznido y se puso á peinar las alas con mucho sosiego.

—Mi tío no dijo una palabra; estaba como petrificado.

Hans saltó luego volando; entonces se volvió mi tío, y mirándome fijamente me dijo:

—¿Lo has reconocido?

—¿A quién?

—Al diablo.

—¡Al diablo!

—Sí.

—¡B. h. V. se chancas.

—Mi tío no se dignó contestarme, y se hundió en la más profunda meditación.

Desde aquel día perdí todo su buen humor. Probó al principio á escribir su gran sinfonía de los *Serafines*, pero no habiendo estado feliz, se puso muy melancólico, y repantigado en su butaca y mirando al techo, no hacía más que pensar en la armonía celestial.

Cuando le advertía yo que el dinero se agotaba y que no haría mal en escribir un vals ó cualquiera otra cosa que nos pusiera á flote, me contestaba con extrañeza:

—¡Uw!... ¿Y qué es un vals?... Si me hablaras de mi gran sinfonía, enhorabuena; pero un vals... T. b. i. a. s., tu pierdes el juicio y no sabes lo que dices.

Después quedaba más tranquilo:

—C. é. m. e., T. b. i. a. s., cuando yo haya terminado mi gran obra, podremos cruzarnos de brazos y dormir á pierna suelta. Es el aña y el omega de la armonía: nuestra reputación estará hecha. Hace mucho tiempo que hubiera terminado esta obra maestra: solo una cosa me lo impide... el cuervo.

—¿El cuervo? Pero mi querido tío ¿cómo puede el cuervo impedir á V. que escriba eso ni nada? ¿No es un pájaro como los demás?

—¡Un pájaro como los demás! exclamó mi tío con verdadera indignación. ¡Ah! ¡Tobias, bien lo veo; tu conspiras con mis enemigos. Sin embargo ¿qué no he hecho yo por tí? ¿No te he educado como si fueras mi hijo? ¿No he reemplazado yo á tus padres? ¿No te he enseñado á tocar el clarinete? ¡Ah! ¡Tobias! ¡Tobias! No haces bien.

De la esto con tal tono de convicción, que acababa yo por creerlo, y maldice en mi corazón al cuervo que turbaba la inspiración de mi tío. Sin él, me decía, nuestra fortuna estaría ya hecha. Y tenía yo ya mis dudas sobre si el cuervo era ó no era el diablo en persona.

A veces el tío Zacarías probaba á escribir; pero por una fatalidad curiosa y casi increíble, aparecía siempre el cuervo en el más crítico momento, ó cuando menos dejaba oír su ronco y fatídico graznido. Entonces el pobre hombre tiraba la pluma con desesperación, y

si hubiera tenido cabellos, se los habría arrancado á manos llenas; tal era su exasperación.

Las cosas llegaron á un punto, que el bueno de mi tío, con ser tan manso y pacífico de suyo, tomó la escopeta del panadero Razer, verdadera carabina de Ambrosio, y se puso de centinela detrás de la puerta á acechar al maldonado pájaro.

Pero entonces el cuervo, astuto como el diablo, no aparecía ni en cien leguas; y cuando el buen señor, tiritando de frío, iba á calearse las manos, luego al punto el excomulgado cuervo se ponía á graznar delante de la casa. Mi tío corría entonces á la calle; pero el cuervo acababa de desaparecer.

Era una verdadera comedia, y todo el pueblo hablaba de ella. Mis condiscípulos se burlaban de mi tío, lo que me obligó á retirarme de una batalla en la plazuela. Yo lo defendía á capa y espada; sino que todas las tardes volvía á casa, ahora con un ojo amoratado, ahora con la nariz aporreada.

Entonces me miraba mi tío con paternal cariño y me decía:

—Ten valor, hijo mío; en breve no tendrás ya necesidad de tomarte tanto trabajo.

Y luego, lleno de entusiasmo, tomaba el empeño de darme idea de la obra que llevaba entre cejas. Era verdaderamente magnífica: todo estaba en orden. Primero la obra taca de los apóstoles, después el coro de serafines en *mi bemol* luego el *Veni Creator* en medio de rayos y truenos.

—Pero es menester, añadió mi tío con despecho, es menester que muera el cuervo. El cuervo es la causa de todo el mal.

Ya lo ves, sobrino Tobias, si él hace mucho tiempo que estaría terminada mi gran sinfonía, y podríamos vivir ya de nuestras rentas.

II.

Una noche, volví entre dos luces de la plaza, hube de encontrar al cuervo. Había nevado, la luna brillaba por encima de los tejados y no sé que vaga inquietud se había apoderado de mi corazón en el encuentro del negro pájaro. Al llegar á la puerta de nuestra casa, me sorprendí grandemente de encontrarla abierta. Algunos resplandores llegaban á los vidrios como reflejos de un fuego que se apaga. Entro, llamo, nadie me contesta. Pero figuraos mi sorpresa, cuando al reflejo de la llama, vi á mi tío con la nariz azul, las orejas violadas, tendido á lo largo de su butaca, con la escopeta de nuestro vecino entre las piernas y los zapatos cargados de nieve.

El pobre hombre había ido á caza del cuervo.

—¡Tío! ¡tío Zacarías! ¿Duerme V?

Entrecerró entonces los ojos, y mirándome con ojos adormecidos:

—Tobias, me dijo, te he apuntado más de cien veces y siempre y siempre desprecia como una sombra en el momento de tirar del gatillo.

Y en diciendo esto volvió á caer en su sopor.

Por más que lo sacudía, no lograba despertarlo. Entonces, justamente alarmado, fui á llamar al doctor Haselnoss.

Al levantar el llamador, latía mi corazón con una fuerza increíble, y cuando resonaba el golpe en el interior de la casa, flaqueaban mis rodillas.

La calle estaba desierta; algunos copos de nieve caían á mi alrededor y me estremecí.

Al tercer golpe se abrió la ventana del doctor, cuya cabeza abrigada con un gorro de algodón se inclinó al exterior.

—¿Qué llama? preguntó con voz quebrada.

—Señor doctor, tenga usted la bondad de venir pronto á casa de mi tío Zacarías, que está muy malo.

—Voy á echarme encima un abrigo y voy sin demora.

Y volvió á cerrarse la ventana.

Esperé todavía un cuarto de hora largo mirando la calle desierta, oyendo girar las velatas en sus enmohecidas agujas y á lo lejos un perro ladrar á la luna.

Por fin sentí pasos; lenta, lentamente alguien bajaba la escalera. Corrió luego la cerradura y el doctor Haselnoss, envuelto en una hopalanda y con una linterna en la mano, apareció en el umbral.

—¿Qué frío! exclamó. No he hecho mal en abrigarme.

—He ce veinte minutos que estoy tiritando yo aquí.

—Pues me he dado mucha prisa por no hacerle esperar.

Un momento después entrábamos en el aposento de mi tío.

—Buenas noches, señor Zacarías, dijo el doctor tranquilamente, apagando su linterna. ¿Cómo va?

A esta voz abrió los ojos mi tío, como despertándose.

—Señor doctor, contestó el enfermo, voy á contar á V. las cosas desde el origen.

—Es inútil, repuso el doctor sentándose enfrente de él sobre un baul. Sé todo eso mejor que V.; conozco el principio y las consecuencias, la causa y los efectos: V. detesta al pobre Hans y Hans detesta á V.; V. lo persigue con la escopeta y él viene á su ventana á burlarse de V. Es muy sencillo, el cuervo no gusta del canto del ruiseñor, y el ruiseñor no puede sufrir el graznido del cuervo.

Así habló el doctor tomando un polvo, y después cruzó las piernas y miró fijamente á mi tío con sus pequeños y malignos ojos.

—Mi tío se quedó con la boca abierta.

—Escucha, V., amigo mío: esto no debe sorprenderle; tolos los días se ven hechos semejantes, como quiera que las simpatías y antipatías gobiernan nuestro pobre mundo.

Entre V. en una taberna, en una cervicería, y ve dos jugadores á una mesa; pues si no conoces los V. votos por el uno y por el otro. ¿Qué razón tiene V. para esta preferencia? Ninguna. Sobre este punto firman los sabios sistemas tan agudos que se pierden de vista, en vez de decir buenamente: hé aquí un gato ó un ratón. Yo estoy por los ratones, porque somos de la misma familia, porque antes de ser Haselnoss doctor en medicina, he sido gato, ardilla, musgafío, y por consiguiente...

Pero el doctor no acabó su frase, porque habiendo pasado por su lado el gato de mi tío, le echó mano y le hizo desaparecer en su bolsillo con rapidez pasmosa.

—Mi tío y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Qué quiere V. hacer de mi gato?—dijo al fin mi tío.

En vez de contestar, sonrió el doctor y dijo con cierto embarazo:

—Señor Zacarías, vengo á curar á usted de su mal.

—D. j. a. V. d. suelto el gato.

—Si me obliga á soltar el gato, abandono á V. á su triste suerte, no tendrá punto de reposo, no podrá escribir una nota, y cada día irá perdiendo salud hasta...

—Pero, por Dios, exclamó el enfermo ¿qué le ha hecho á V. el pobre animal?

—¿Qué me ha hecho? contestó el doctor, cuya fisonomía se contrajo notablemente. Sepa V., señor mío, que estamos en guerra con él desde el origen de los siglos; sepa V. que el gato resume en sí la quinta esencia del cardo, que me ahogó cuando era violeta; de un acabo que me hizo sombra cuando era el chaparro; de un sollo que me tragó cuando era carpa; de un gavilán que me devoró cuando era ratón.

Yo creí que el doctor perdía el juicio. Pero el tío Zacarías cerró los ojos y contestó después de un largo silencio:

—Comprendo á V., doctor, lo comprendo. Puede ser muy bien que tuviera V. razón. Cúreme V. y qué lesa, pues, con mi gato.

Los ojos del doctor resplandecieron.

—Enhorabuena, exclamó. Voy á curar á usted.

Y sacó de su bolsa un cortaplumas y tomó una astilla que hendió muy diestramente.

—Mi tío y yo lo mirábamos operar.

Después de haber hendido el palito, lo ahuecó con la misma habilidad, cortó luego de su cartera una correhuela, y ajustándola entre las dos hojas del palito se la aplicó á los labios sonriente.

El rostro de mi tío se despejó.

—Doctor, exclamó, es V. un hombre singular, un hombre superior, un hombre...

—Lo sé, interrumpió el doctor, lo sé. Pero apaga la luz que no brille ni un carbon en la oscuridad.

Y mientras yo ejecutaba su orden, abrió de par en par la ventana.

La noche era muy fría y por encima de los tejados brillaba la luna límpida y serena. El esplendor de la nieve y la oscuridad de la habitación formaban extraño contraste. V. í. a. yo la sombra de mi tío y la del doctor dibujarse en la ventana, y mil impresiones confusas me agitaban á la vez.

El tío Zacarías estornudó; la mano del doctor se extendió para recomendarle el silencio, y el silencio se hizo solemne.

De repente atravesó el espacio un agudo silbido.

Hubo una pausa de silencio.

Después se oyó otro silbido.

El tío Zacarías, medio encorvado; miraba á la luna. El doctor permanecía inmóvil, con una mano en la ventana y con la otra teniendo el silbato ó pito que había hecho.

Pasaron dos ó tres minutos.

Después el vuelo de un pajarraco hendió el aire.

—¡Ah! exclamó mi tío.

—¡Silencio! dijo el doctor en voz tácita.

Y volvió á silbar con modulaciones extrañas.
 Dos veces pasó el pájaro rozando la ventana, y el tío Zacarías hizo un movimiento para tomar la escopeta; pero el doctor lo contuvo, diciéndole en voz baja:

—¿Está Vd. loco? No hay necesidad de eso.
 Y continuó soplando su pito con tal arte, que creyendo el cuervo que iba á dar con la pieza cogida en el lazo, después de rondar la ventana acabó por entrar en la habitación.
 Mi tío dió un grito y se lanzó sobre el cuervo, que fácilmente se escapó de sus manos.

—¡Torpe! exclamó el doctor cerrando rápidamente la ventana.

Por fortuna, todavía era tiempo: el cuervo se había refugiado entre las vigas. Después de varias tentativas, el pobre Hans se lanzó contra un vidrio de la ventana; pero no pudo romperlo y se deslizó aturdido al suelo.

El doctor encendió la luz y entonces vi al cuervo entre las manos de mi tío, que le retorcía el cuello con fruición frenética.

Pasado el primer momento de indignación, mi tío volvió á ser el mismo.

—Tobías, me dijo, el diablo me las ha pagado ya todas juntas: estamos pues en paz. Ten ese cuervo á mi vista. Ahora me siento como renacer... ¡Silencio! escuchad.

Y el maestro Zacarías se puso al piano. Yo estaba enfrente de él teniendo el cuervo por el pico; detrás estaba el doctor alumbrando.

El cuadro que formábamos no podía ser más raro.

A los primeros acordes parecía que se transformaba mi tío; sus grandes ojos azules brillaban de entusiasmo; no tocaba delante de nosotros, sino en una catedral, delante de un auditorio inmenso y para el mismo Dios.

¡Qué tanto tan sublime! alternativamente sombrío, patético, de garrador, resignado. Después en medio de los sollozos, la esperanza desplegando sus alas de oro y azul. ¡Oh Dios! ¿es posible concebir tan grandes cosas?

Era un *Requiem*, y por espacio de una hora la inspiración no abandonó á mi tío ni un segundo.

El doctor no se reía ya. Insensiblemente su fisonomía burlona tomó una expresión indefinible. Hacia creí que se enternecía; pero muy luego lo vi hacer movimientos nerviosos, crispar las manos, y observé que algo forcejeaba debajo de sus faldones.

Cuando mi tío, fatigado de tantas emociones, apoyó la frente en el borde del piano, se sacó el doctor del bolsillo el gato extrangulado.

—Ea, buenas noches, maestro Zacarías, dijo sonriendo. Cada cual ha cazado esta noche su pieza. Ha hecho Vd. un *requiem* para el cuervo; ahora ha de hacer una *alehuya* para su gato... Buenas noches.

Mi tío, fatigado como estaba, sólo contestó al doctor con una inclinación de cabeza.

Ahora bien; aquella misma noche murió el gran duque Yeri Peter, segundo de este nombre, y cuando el doctor atravesaba la calle, o los clamores fúnebres de las campanas de la catedral.

Al volver vi á mi tío de pie.

—Tobías, me dijo gravemente, vete á la cama ya; voy á escribir esto esta noche para que no se me olvide.

Obedecí sin réplica, y nunca he dormido mejor.

El día siguiente, á las nueve, me despertó un gran tumulto: todo el pueblo estaba en las calles y sólo se hablaba de la muerte del gran duque.

El tío Zacarías fué llamado al palacio y se le dió el encargo de componer la *misa de Requiem* para los funerales de Yeri Peter II, obra que le valió al fin el empleo de maestro de capilla que él ambicionaba hacía mucho tiempo.

Aquel *Requiem* no era sino el de Hans. Con esto, cuando mi tío era ya todo un personaje con sus quinientos duros de renta, solía decirme al oído:

—Sobrino, si se supiera que el *Requiem* del gran duque no es sino el del gran cuervo, todavía tendríamos que ir á tocar el clarinete á las fiestas de lugar.

Y se reía á carcajadas.

Así son las cosas de este mundo.

ERCKMANN CHATRIAN.

Una «juerga.»

Asunto, una fiesta alegre; lugar de la escena, Málaga; tapiz del suelo, la arena; y desol, verde enramada.

En torno á una blanca mesa que no es de mármol de Italia, donde incitan á los ojos llenas de vino las cañas en cuyo limpio cristal tiembla la luz irrisada, cambiando amantes promesas con más amantes palabras,

se encuentran tres *percheleros* con tres bellas *trinitarias*.

Estrella, que así la nombran en el barrio las muchachas, canta con voz que semeja á la alondra cuando canta. Sobre sus hombros morenos un chal pintado descansa, donde mano primorosa por el arte aconsejada bordó con hilos de seda colorines y calandrias. De un lindo collar pendiente, luce en la tersa garganta un corazón donde escrita se ve de «amor» la palabra; en las rosadas orejas que á breves conchas se igualan, lleva, inquietos oscilando, ricos aretes de plata; muestra en el pecho, una rosa; en el pie, cárcel de grana; en los dedos, perlas finas; en el cuerpo, lindas galas; y la graciosa cabeza con tantas flores esmaltada, que lleva una primavera sobre sus ondas rizadas.

Enfrente de ella, *Casildo*, un mozo de rompe y rasga, el que mata si le ofenden y de amor el mirar mata, el que esgrime cual ninguno la pendenciera navaja y usa escañés sombrero sobre la ceja enardecida, mientras principian los brindis, mientras las risas estallan, y las palabras se cruzan, y se cruzan las miradas, con la una pierna pulida sobre la izquierda cruzada, y encima de la derecha la melódica guitarra, temple y pulsa el instrumento que dulces notas exhala; y mientras uno sonríe, y la otra toca las palmas, y el otro las copas llena, y la otra las copas vacía, entorandando de los ojos las negrismas pestiñas y parándose después en mil y mil circunstancias, escupe, mira al sostayo, «¡Ole!» dice, y así canta.

«Mira si es mala mi *estrella*, mira si mi *estrella* es mala, que no hay *estrella* que rompa las nubes que hay en mi alma.»

Todo es bulla y movimiento; todo broma y *algazara*; sobre la mesa, relumbran llenas de vino las cañas. Este, grita y baila á un tiempo con otra que grita y baila; aquél, dice á una morena frases que el viento arrebató; Este, anima con sus coplas; aquella, con sus miradas; el otro, con sus suspiros; cual, con sus tiernas palabras; y crece el rumor y crece, y luego en bullicio estalla, y luego en ruidoso estruendo, y luego en bronca *algazara*, y hacen, cundiendo sus ecos por la atmósfera abrosada, las botellas que se rompen en honor de Baco salvas.

Estrella, la de ojos negros y las pupilas de llamas, con aire de reina altiva hacia el centro se adelanta. Todos en ¡vivas! prorrumpen, todos á un tiempo la ensalzan, y éste y aquél la requiebran, y todos baten las palmas, en tanto que ella subiendo con gracia y garbo la falda que á la cadera suspende bajo la mano de nácar, mientras enseña del pie la breve punta preciosa y en flexibles movimientos luce las formas gallardas, con voz que imita en lo dulce á los arpeggios del arpa, y al murmullo de la ola, y á las músicas del aura, así expresa, y así siente, y así dice, y así canta.

«No hay *estrella* que no rompa nubes de penas amargas, si es en un cielo de amores donde las nubes se fraguan.»

Nuevo estrépito sucede, nuevos requiebros se cambian, y nuevos brindis se escuchan, y nuevas copas se vacían.

En esto, un *curro* que viste justillo con borlas grana bajo cuyo extremo asoma radiante y limpia naveja, tomando en fina *apostura* para brindar una caña, cuyo claro contenido que al ligero ambiente lanza, finge al desgranarse en gotas brillante collar de lágrimas, mientras que el líquido suelto coge otra vez en la caña,

«Brindo, dice, por mi niña, y por los mozos de gracia, y por usted, salerosa, y por Estrella, y por Ana, y por mi, y además... ¡brindo por quien toca, y por quien baila!»

—¡Olé!—¡Viva tu persona!
 —¡Salero!—¡Viva quien habla!
 —¡Bien por tu boca, serrano!
 —¡Y por el vino!—¡Y por Málaga!
 —¡Vengan botellas!—¡Y risa!
 —¡Muchacho, toca las palmas!
 —¡Vengan coplas!—¡Y jaleo!
 —¡Y bullicio!—¡Y algazara!

Todo es gozo; todo vida; todo luce; todo salta; del líquido, por la mesa ruedan las olas doradas; todo es confusión y estruendo, todo colores y ráfagas, y estrépito, y vocerío, y risa, y placer, y danza. Y coronando la orgía, sobre el altar en que irradia, el génio antiguo de Roma g. zoso cierna las alas.

¡Cuadros de luz y poesía! al recordaros el alma, lejos de mi patria digo, ¡mil veces viva mi patria!

S. RUEDA.

La tornaboda.

Ha pasado la noche; la noche feliz, y los primeros albores de la luz crepuscular de la mañana penetran en la casa y en la habitación nupcial, coloreando con azulado tinte las blancas colgaduras de muselina que envuelven el lecho.

La aurora es la primera vecina curiosa que llega sonriente á saludar á los recién casados, y á preguntarles con malicia estúpida:

—¿Qué tal habeis pasado la noche? ¿Os agrada el nuevo estado?

Pero como todos sabemos que la Aurora (sin apellido, por supuesto) pregunta una vez en cada día, y si no la contestan, no importa ni despierta al que duerme, los cónyuges hacen como que no la ven.

Pero los parientes y los amigos no son de la misma condicion que la aurora, ni se detienen ante consideraciones sociales.

Llegan, madrugan más que en todos los días restantes de su vida, golpean en las puertas, después de franquear la primera, llaman por sus nombres á los esposos, y los obligan á abandonar el lecho antes de la hora regular.

Los padres de la novia la abrazan, conmovidos, ni más ni menos que si volvieran á encontrarla después de algunos años de emigración.

Los amigos rodean á la recién casada, y los amigos sin *pulimentar* dirigen chistes silvestres al esposo y á la esposa.

—¿Has dicho ya á la criada lo que ha de traer de la plaza?—pregunta la madre á la niña.

—Mamá, si es muy temprano.

—¿Temprano? las siete de la mañana; ya estoy yo en pie hace más de dos horas.

—Más tiempo hace que estoy yo á pie; desde que cayó el último ministerio.

—La mujer casada no ha de ser dormilona; tu marido tiene que madrugar para ir á la oficina, y si tú te estás en la cama, ¿quién le ha de dar el chocolate?

—Nadie,—replica el padre de la muchacha;—se irá en ayunas como otro caballero á quien yo conozco.

—Tadeo, en estos momentos es inoportuno ese recuerdo.

—El chocolate ha sido para mí siempre inoportuno.

—¡Ah! ten cuidado con esa criada; no me gusta su cara.

—Ni á mí,—afirma el *debutante* de marido.

—¡Qué lástima!—replica la esposa con afectada indignación.

—Para tí no hay más que tu mujercita—observa la suegra.

—Y para mí la mía—añade el suegro.

La mamá política del marido dicta las primeras disposiciones para el arreglo de la casa.

Las amigas se llevan á la recién casada á otra habitación para consultar sobre el matrimonio y sus cosas á la joven, quien las considera ya como *muchachas* que no deben penetrar en los misterios del porvenir, para no precipitar los acontecimientos.

Los amigos quieren llevarse al recién casado para que se vaya acostumbrando la mujer á perderle de vista temporalmente.

—¿Pero á dónde vamos?—pregunta.

—Al café.

—¿A las siete y media de la mañana?

—¿Y qué? tomaremos chocolate.

—Sólo diré á Fulana, y si quiere venir, iremos.

—¡Inocente!

—¡Desgraciado!

—¿Cómo se envilecen los hombres!

—Si, si; aconsejéle Vds., que él lo necesita,—interrompe la mamá política, que va de paso desde la cocina á la alcoba, para regresar inmediatamente, desde la alcoba á la cocina, y así *tout de suite*.

En el seno de la confusión, el marido se deshace en elogios de su mitad.

Entre sus amigas ellas encarecen las buenas prendas de su esposo. Es el estado verdadero del hombre—dice él á sus camaradas.—Nunca creí que llegaría á quererlo tanto—repite ella á sus amigas.

—Es un ángel mi nena.

—Venid, os enseñaré todos mis vestidos.

—¿Y tú, cuándo te casas, chico?

—Cuande enviude tu suegra.

—He llorado mucho por él, y anoche hubiera dado cualquier cosa por irme con mi madre.

—¿Y hoy?—le pregunta una amiga.

—Hoy ya es otra cosa.

—Todo es hasta hacerse.

—Yo no me acostumbraría jamás á vivir al lado de un hombre—dice una joven verdinegra y un tanto *curiosa* de lomos; esto es inclinada hácia la derecha, ó torcida, hablando en plata.

—Pues yo sí; al principio sentí como arrepentimiento... después, me resigné, y ahora me consiro dichosa.

—Ya me lo dirás dentro de un año—replica la torcida.

—¡Pobrecita de mi alma!—murmura la madre, abrazando conmovida á su hija.

—¿A qué viene eso ahora?—pregunta el padre.

—¡Crie V. hijas para que se las lleve cualquier zangan!

—¿Pero qué ha visto esta mujer para enternecerse?—piensa el padre.

—El chocolate, señora—dice la criada, asomando en la puerta de la habitación.

—¡Gracias á Dios!—exclaman algunos circunstantes.

El padre de la recién casada, exclama:

—Es el primer día que le tomo á estas horas, en veinte años de casado; pero convengamos en que este es el verdadero estado del hombre.

—¿Vamos, papá-suegro?

—Vamos, hijo; tú entras en la vida matrimonial con más suerte que yo: el primer chocolate cuya cocción dirigió mi mujer, en la mañana de nuestra tornaboda, se cortó: nunca se me ha olvidado esta circunstancia.

Los parientes y amigos de los recién casados entran en el comedor y se disponen á tomar chocolate.

Estaba *hecho con leche*, por la propia mano de la suegra, y se ha cortado.

—¡Ya decía yo!—exclama el suegro.—¡Cortado!

—¿Qué?—pregunta la esposa.

—Pero convengamos en que ese es el verdadero estado del matrimonio... digo, del hombre.

EDUARDO DE PALACIO.

El poeta en el siglo XIX.

¡Los tiempos son de lucha!
 (Núñez de Arce.)

Cantor, despierta, el siglo te reclama:

Su dorado clarín de voz sonora

Al palenque te llama

Del pensamiento. ¡Ya sonó la hora

De luz, y libertad! ¡Todo ha cambiado!

El tiempo de las sombras ha pasado;

La Arcadia está desierta,

La fé en el pecho muerta,

y el Olimpo se ha roto y desplomado!

Cantor, despierta; aparta las miradas

De los despedazados torraones

Teatros de las viejas tradiciones

De espectros y de hades,

De pajes, castellanas é infanzones.

Mira de cara al sol: sus llamaradas

Incendian tu cerebro, en el quemando

Locas preocupaciones.

Cantor, despierte: en tu valiente lira

Suene el airado grito de la guerra;

Del soberbio cañón el estampido;

Las grandes convulsiones de la tierra;

El golpe y el crugido

De la ruta piqueta destructora,

Y el potente silvido

De la rauda y gentil locomotora!

Ve á la Cámara, al Club y al Ateneo,

Y respira su atmósfera encendida;

Contempla en el brillante Coliseo

La honrosa batalla de la vida.

Beja al taller, de inspiración tesoro,

Donde entonan las máquinas sublimes

Un cántico sonoro,

Fija en la tempestad del Parlamento

La serena mirada;

Allí truena la voz, y el pensamiento

Hiere y deslumbrá cual desnuda espada!

Cantor, despierta; en tu grandioso canto

Retumba el huracán de las pasiones,

Y los roncós torrentes

De las luchas titánicas presentes,

Y el inmenso rumor de las naciones!

Marque el ardiente rayo de tu ira

La abominable faz de los villanos;

Arranca el antifaz á los traidores

Y forma con las cuerdas de tu lira

Látigos silbadores

Para azotar la espalda á los tiranos!

¡La libertad, la libertad sagrada,

Tu bandera ha de ser, tu noble égida:

Si la ves por los suelos desgarrada,

Hermano, por salvarla, da la vida!

MANUEL REINA.